

Tenemos que agradecer la existencia de esas pequeñas editoriales empecinadas en demostrar que no es obligatorio que todo el mundo lea sin parar a Stieg Larsson o Pérez-Reverte. Quizá solo se les pueda poner un reparo: que a menudo la falta de presupuesto les conduce al «rescate» de «imprescindibles» pelmazos austro-húngaros, siempre que sean lo bastante antiguos como para estar libres de derechos. Francamente, puestos a recuperar autores de mi infancia, entre el gran Sven Hassel con sus *Panzer de la muerte* y el pomposo Stefan Zweig con sus *Momentos estelares de la humanidad*, yo me quedo sin dudar con el nihilista y nietzscheano soldado nazi, tan imponente como apasionante.

A pesar de Sándor Márai y cosas así, en mi opinión, no hay que perder nunca de vista los catálogos (entre otras) de Impedimenta, Caballo de Troya, Salto de Página, Lengua de Trapo, Acantilado, Barataria, Global Rhythm, Nevsky Prospects, Sloper, La tinta del calamar, Veintisiete letras, Tropo, Candaya, 451 o Periférica, que acaba de publicar *La asesina*.

Sin duda hay más gente que conoce el aeropuerto Papadiamantis, en la isla griega de Skiathos (ahora al parecer un paraíso turístico en el Egeo), que al escritor que le da nombre, este Alexandros Papadiamantis (1851-1911), que dicen que es el más grande de los autores griegos del XIX. Lo creo.

En principio, para entendernos, una novela es realista cuando a los personajes les suceden más cosas por fuera que por dentro. O para decirlo con precisión: cuando lo que sucede por fuera modifica o determina lo que sucede por dentro, y no al revés. En *El silencio de los corderos* (pongamos), por muchas cosas que ocurran por fuera, el motor de la acción está situado en el interior de la cabeza de Hannibal Lecter, que está chiflado a iniciativa propia. Lo mismo sucede en el *Pascual Duarte* según lo cuenta Cela. Son diversas formas de tremendismo. En cambio, en la (quizá) mejor novela de la posguerra, *La plaza del Diamante*, es la vida real, material, social, la que ocurre por fuera, la que va construyendo la conciencia en el interior de la Colometa. Marx lo explica bastante mejor: a ver si una pequeña editorial lo «rescata» un día de éstos (Sequitur ya publicó hace poco *Elogio del crimen*, una cuidada y apasionante selección de textos de Karl Marx).

La Colometa no llega a asesinar a sus propios hijos, aunque poco le falta. Por raro que parezca, no abunda el infanticidio en la novela contemporánea. A mí me impresionó mucho *La orilla del mar*, de Véronique Olmi: una madre lleva a sus dos hijos de vacaciones a la playa. Lo curioso es que están

LECTURAS Y RELECTURAS

RAFAEL REIG VIDA Y CONCIENCIA

Padiamantis no se recrea en el misterio de «la mente criminal», como si fuera Hannibal Lecter: el verdadero crimen de «La asesina» es la brutalidad de las condiciones de vida en la isla



en pleno invierno. Les consiente todo, les compra helados y patatas fritas, conocen el mar y por un día viven como si tuvieran dinero de sobra. Por la noche, mientras los niños duermen, la madre los ahoga con la almohada en la habitación del hotel. La novela de Olmi es el aterrador monólogo de esta madre desesperada que hace lo que la Colometa no llega a cumplir.

Decía Borges que «los rusos y los discípulos de los rusos nos han demostrado hasta el hastío que nadie es imposible: suicidas por felicidad, asesinos por benevolencia, personas que se adoran hasta el punto de separarse para siempre», etc. Ni siquiera esta Jadula, la protagonista de Papadiamantis (al que llaman no sin razón «el Dostoievsky griego»), es imposible, sino una conclusión lógica: una infanticida malthusiana, que mata por pura filantropía y para compensar el exceso de natalidad femenina. En una pequeña isla griega a finales del XIX, ser mujer era tan ingrato (y tan caro para las familias) que Jadula decide despenar a las niñas (empezando por su propia nieta): qué liberación para sus padres y qué ahorro de sufrimiento para las criaturas.

Papadiamantis no se recrea en el misterio de «la mente criminal», como si fuera Hannibal Lecter: el verdadero crimen de la novela es la brutalidad de las condiciones de vida en la isla. La conclusión, a mi parecer: que la miseria material es la que causa la miseria moral.

El crimen, en la novela moderna, apareció como un pasatiempo intelectual, una especie de acertijo a lo Agatha Christie, y fue Dashiell Hammett el que lo rescató para el realismo literario. Como dijo Raymond Chandler: «Hammett devolvió el asesinato al tipo de personas que lo cometen por algún motivo, y no por el solo hecho de proporcionar un cadáver. Y con los medios de que disponían, y no con pistolas de duelo cinceladas a mano, curare y peces tropicales. Describió a esas personas en el papel tal y como son, y las hizo hablar y pensar en el lenguaje que habitualmente usaban para tales fines».

En estos (acerbos) tiempos en que la novela criminal ha sido invadida por asesinos múltiples con infancias muy difíciles y las más enrevesadas y estrambóticas razones psiquiátricas, es una bocanada de aire fresco leer esta novela en la que el crimen solo puede entenderse en el contexto de la realidad social y material en la que se produce: un áspero mundo de explotación embrutecedora, ignorancia y pobreza. La conciencia de Jadula no es la de Zeno: es tan inmoral como la vida que tiene que llevar, «toda su vida inútil, vana y pesada»; tan terrible como esa existencia «a mitad de camino entre la justicia divina y la humana».

Verdad verdadera

Andrés Trapiello ha publicado «Las armas y las letras» (Destino), donde pone en su sitio a Alberti, y le llueven críticas de quienes se proclaman «herederos» del poeta. Trapiello solo ha arrojado luz



3

EDICIONES lleva «El ciclista», de Tim Krabbé (Libros del Lince). Otro éxito inesperado que ha subido puertos y montañas. Pedaleen un poco, que el ejercicio de cardio es buenísimo. Dicen en los gimnasios



Los ecos del Mundial

«Email» recibido el lunes: «No sé ni jota de fútbol, pero estamos locos de alegría. Caracas parece que estuviera en Nochevieja: petardos, carracas y hasta disparos. ¿Quién me explica la vaina?»